

De cráneos, debates y flujos de información. Los inicios de la Antropología Física en la Argentina y *L'École d'Anthropologie* de París

Mónica QUIJADA

Instituto de Historia, CCHS, CSIC
monica.quijada@cchs.csic.es

Recibido: 1 de abril de 2009 / Revisado: 27 de mayo de 2009

Aceptado: 8 de junio de 2009 / Publicado: diciembre de 2009

RESUMEN

Este artículo analiza algunos aspectos de la trayectoria del científico argentino Francisco Pascasio Moreno, fundador del Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Se examinan sobre todo sus conexiones con el grupo de antropólogos físicos franceses reunido en torno a la figura de Paul Broca en las instituciones creadas por este último, la Société d'Anthropologie y la École d'Anthropologie, ambas de París. El objetivo fundamental de este trabajo es echar luz sobre algunas características de los intercambios científicos que vincularon a intelectuales latinoamericanos y europeos en el siglo XIX, así como la significación y dinamismo de los flujos de información y el papel destacado que les fue reconocido a los aportes de algunos científicos americanos, en el contexto de una de las controversias científicas más recientes y punteras de la época: la preocupación por los orígenes del hombre.

Palabras clave: ciencia, Europa y América, intercambios científicos, instituciones científicas, origen del hombre, exploraciones, antropología física, Argentina, siglo XIX.

Of Skulls, Debates and Information Flows. The Beginnings of Physical Anthropology in Argentina and the Paris *École d'anthropologie*

ABSTRACT

This article analyses some aspects of the work of the Argentine scientist Francisco Pascasio Moreno –founder of the La Plata Museum of Natural Sciences–, in particular his connexions with the French physical anthropologists gathered around Paul Broca in the institutions he had founded in Paris: the Société d'Anthropologie and the École d'Anthropologie. The aim of this work is to shed light on the scientific exchanges between Latin American and European intellectuals in the 19th Century, pointing out the relevance and dynamism of the information flows and the recognition achieved by some Latin American scientists in the French anthropological institutions and media, in the framework of one of the most recent and state-of-the-art controversies of the time: the debates on the origin of man.

Keywords: Science, Europe and America, Scientific Exchanges, Scientific Institutions, Origin of Man, Explorations, Physical Anthropology, Argentina, 19th Century.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Moreno, Broca y L'École d'Anthropologie de París. 3. De la gran antigüedad del hombre. 4. Exploradores y cráneos antiguos. 5. Hallazgos locales, debates internacionales. 6. A modo de colofón: la Escuela de Antropología de Broca y el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. 7. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

En 1920 se publicó en Inglaterra un curioso obituario, en uno de cuyos párrafos aparece el siguiente comentario:

Pasear entre las líneas de *esqueletos sonrientes* a ambos lados de los vestíbulos del Museo de Pancho Moreno hubiera sido una experiencia deprimente, a no ser por el íntimo conocimiento que este último tenía de ellos. Moreno reconocía a un viejo amigo, y con un alegre movimiento de su mano le preguntaba por su salud y, tras presentarlo por su nombre, describía de qué manera había sido especialmente útil para la ciencia¹.

Necrológica tan inusual requiere la presentación de sus principales protagonistas. Pancho Moreno es Don Francisco Pascasio Moreno Thwaites, más conocido por “el Perito Moreno”, extraordinario personaje de la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX; descendiente por línea paterna de una acomodada familia argentina, y, por parte de madre, de uno de aquellos ingleses que permanecieron en Buenos Aires después de las frustradas invasiones de 1806-07. Polifacético personaje donde los haya, explorador, geógrafo, geólogo, antropólogo físico, coleccionista apasionado de la Historia Natural, y fundador del que se sería mundialmente reputado Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

Por su parte, el redactor del obituario era Sir Thomas Hungerford Holdich, Presidente de la *Royal Geographical Society* de Londres, que escribía desde las páginas del órgano de prensa de la sociedad, el *Geographical Journal*. La nota necrológica llevaba el siguiente título: “*Obituary of Dr. Francisco Moreno, Gold Medalist of the Society and Honorary Corresponding Member*”. La nota ponía de manifiesto que no eran ésas las únicas distinciones recibidas por Moreno en el ámbito internacional de la ciencia. La mayor parte de las Sociedades de Geografía y Antropología lo contaban entre sus filas, tanto en Europa como en América. Entre sus muchos reconocimientos Moreno había recibido en 1881 la medalla de oro de la Sociedad de Geografía de París; en 1907, la *Founder's medal* de la *Royal Geographical Society* de Londres (a la que hacía referencia el obituario); y en 1909, la medalla de oro de Colón, concedida por la *American Geographical Society*.

Debe añadirse además que la nota necrológica sobre Moreno destacaba en el conjunto de la sección de obituarios tanto por la calidez con que estaba escrita, como por la propia nacionalidad del personaje al que estaba dedicada. Porque las sociedades científicas inglesas no eran muy proclives a reconocer el pensamiento científico que se producía en lugares tan lejanos para ellos como el extremo meridional de América². Pero hay que recordar que Moreno había tenido una larga y fructífera relación con la *Royal Geographical Society*. Relación cimentada a raíz del laudo de la Reina Victoria sobre los límites cordilleranos que dividían a la Argentina

¹ HOLDICH, 1920.

² Para una visión comparativa sobre la atención prestada a las producciones científicas latinoamericanas en las principales revistas de Antropología de Francia, Alemania y Gran Bretaña en el siglo XIX, véase QUIJADA, 2005.

de Chile³, y en el que la mediación inglesa se había decantado por las tesis favorables a Buenos Aires que diseñara y defendiera el Perito Moreno⁴.

Un tercer protagonista del obituario es el propio Museo de Ciencias Naturales de La Plata que Holdich había conocido personalmente y recorrido con el mejor de los guías posibles: el propio Francisco Moreno, su fundador. Como muchos museos de la época, el de La Plata estaba destinado a la exhibición y estudio de los restos materiales, tanto de la naturaleza como de las culturas humanas. En este sentido su misión era tanto pedagógica como científica. Pero en ese momento histórico caracterizado por el imperativo de la construcción nacional, tenía también otro importante cometido: la formación de las conciencias ciudadanas en el conocimiento de la profundidad histórica del suelo de la patria y de las poblaciones allí asentadas. Es decir, una misión patriótica.

Y nos quedan finalmente los últimos y más “crípticos” personajes de la nota necrológica, aquellos a quienes Holdrich, entre divertido y escandalizado, llamaba “esqueletos sonrientes”, a quienes Francisco Moreno saludaba con la mano, les preguntaba por su salud y procedía a explicar de qué manera habían rendido servicios a la ciencia. Correspondían todos ellos a miembros destacados de las tribus indígenas de la Patagonia que habían sido sometidas en el transcurso de la llamada Conquista del Desierto, acción militar por la cual Argentina había hecho efectivo el dominio nacional sobre los extensos territorios del sur. Personajes todos ellos a quienes Moreno había conocido en vida.

Estos restos óseos humanos nos están señalando que el Museo de la Plata era un centro interesado en la práctica y estudio de una disciplina científica: la Antropología Física. Disciplina surgida y muy apreciada en la segunda mitad del siglo XIX, y que solía vincularse estrechamente al principio mismo del Museo de Ciencias Naturales. La frase que hemos extraído del obituario de Holdich sobre Francisco Moreno pone de relieve dos cosas: por un lado, la importancia que este último, como muchos científicos de su tiempo, concedía a ciertas formas de la Antropología Física, disciplina de la que fue pionero en la Argentina. En segundo lugar, una relación específica, cercana y casi personal con los materiales de estudio que hoy consideraríamos política-

³ La actuación de Francisco Moreno en la controversia sobre los límites cordilleranos que dividían a Chile y Argentina –y que le valió la designación como Perito– ha sido profusamente tratada en las diversas biografías que se han escrito sobre el personaje. Véase como ejemplo YGOBONE, 1995. A ellas remitimos porque el tema es ajeno a los intereses de nuestro análisis. Sobre el tema de Moreno y la construcción nacional, remito a QUIJADA, 1998.

⁴ De hecho el redactor del obituario, Sir Thomas Hungerford Holdich, había desempeñado un importante papel como miembro de las comisiones de límites que laudaran en los conflictos de fronteras entre Rusia y Afganistán primero y, más tarde, entre Persia y Beluchistán. A raíz de su exitoso desempeño en ambas misiones, le fue otorgada la Founder’s medal de la Royal Geographical Society y, más tarde, se le encomendó a pedido propio una misión semejante en el caso de la disputa entre Chile y Argentina por la definición de los límites cordilleranos (1902). Actuación que cimentó una estrecha y duradera relación de amistad con Francisco Moreno, cuyas tesis apoyó frente a las pretensiones chilenas. En 1916 este especialista británico en temas de fronteras internacionales fue nombrado Presidente de la mencionada Royal Geographical Society. T-H. Holdich fue un agudo observador con inquietudes científicas, que le llevaron a escribir diversos trabajos sobre geografía, fronteras, etnografía y antigüedades centrados en diversos ámbitos de la geografía asiática, que había conocido en profundidad.

mente incorrecta hasta límites denunciables, pero que era algo propio de la época que no avergonzaba a Moreno y que le parecía muy natural a su invitado Holdrich.

En las páginas que siguen me propongo analizar ciertos aspectos de la trayectoria de Francisco Moreno que llevaron al desarrollo temprano de la Antropología Física en la Argentina, así como echar luz sobre algunas características de los intercambios científicos que vincularon a intelectuales latinoamericanos y europeos en el siglo XIX, en un momento en que la ciencia antropológica estaba aún en sus inicios. Mi intención es mostrar el funcionamiento ágil y escasamente jerárquico de dichos contactos en esa fase inicial de su andadura, así como la significación y dinamismo de los flujos de información y el papel destacado que en ese contexto les fue reconocido a los aportes de algunos científicos americanos. Tres temas recibirán una atención preferente: el encuadramiento de dichos intercambios en las controversias científicas más punteras de la época, en particular la preocupación por los orígenes del hombre; la significación de la exploración territorial en América para el desarrollo de los debates; y el papel relevante de las instituciones destinadas al estudio y difusión de las nuevas ciencias, tanto en Europa como en América, para la comunicación entre los científicos de ambos continentes, que actuaban y pensaban desde trayectorias diferentes y vivían en localizaciones lejanas entre sí.

2. MORENO, BROCA Y L'ÉCOLE D'ANTHROPOLOGIE DE PARIS

Con ese fin, daremos un salto retrospectivo desde 1919-20 -fechas respectivas de la muerte de Moreno y del obituario aparecido en el *Geographical Journal*— a 1879. En ese año se matriculó en la *École d'Anthropologie* de París una alumno que llamó particularmente la atención del Director de dicha institución. El nuevo estudiante era un hombre en la veintena, de una gran elegancia y notoria inteligencia, que mostraba en las clases una dedicación e interés muy por encima de la media. Esto despertó la curiosidad del Director, que pidió a sus colaboradores que averiguaran quién era ese estudiante tan destacado. La respuesta sorprendió muy gratamente al Director de l'*École*. Porque no se trataba de un alumno más de sus aulas, sino de un colega distinguido, nada menos que Director del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires formado a partir de la cesión de sus propias colecciones al Estado. Precisamente un año antes el propio Broca había publicado una reseña sobre el Museo, al que consideró tan importante como las colecciones antropológicas del famoso craneólogo norteamericano Samuel Morton⁵. Además, los antropólogos franceses venían manteniendo intercambios científicos por correspondencia con el Director del Museo Antropológico de Buenos Aires desde 1872.

El estudiante citado y Director del Museo era, claro está, Francisco Moreno. El Director y profesor de la *École d'Anthropologie* era nada menos que el gran médico y antropólogo francés, Paul Broca, quien tuvo un papel decisivo en la institucionalización de la antropología francesa en el segundo tercio del siglo XIX. Y que desempeñó también un papel importante en los primeros pasos de la antropología física y

⁵ *Revue d'Anthropologie*, 1878, p. 180.

la paleontología en la Argentina. No sólo el nombre de Francisco Moreno, sino el de Florentino Ameghino y otra gente cercana a los inicios de las ciencias del hombre en la Argentina, como Ramón Lista o incluso Estanislao Zeballos, se asocian a ese momento también fundacional de la Antropología francesa. Dicho en otras palabras, los orígenes de la antropología física y la paleontología en la Argentina aparecen estrechamente asociados a la ciencia francesa, que también estaba en sus primeras etapas de institucionalización.

En esa trayectoria aparecen nombres insoslayables, como los del gran maestro francés Paul Broca y de todo el equipo de eminentes hombres de ciencia que permitieron ligar los nuevos planteamientos científicos a un desarrollo institucional parisino que, como veremos, se convirtió en una caja de resonancia internacional. Nombres como Quatrefages, Hamy, Verneau, Topinard, Mortillet, Gaudry. Pero esta no es una historia de influencias, aunque las hay, y tampoco la considero una historia de centros y periferias. Desde mi punto de vista es sobre todo una historia de flujos de información, de ámbitos de creación de pensamiento científico, de confluencias y de expansión de paradigmas que tienen mucho de ida y de vuelta, porque se mueven en lo que podríamos llamar un espacio cultural euroamericano, que en el siglo XIX no era tan jerarquizado y monodireccional como generalmente se piensa.

Lo cierto es que en 1879, año en que Moreno se matriculó en la Escuela de Antropología de París, esta institución era todavía muy reciente ya que había sido creada por Paul Broca sólo cuatro años antes, en 1875. La creación de la Escuela en 1875 era, a su vez, el punto culminante de todo un programa de acción trazado y enriquecido por Paul Broca a lo largo de los años, que se fundamentaba en una idea muy concreta: que los estudios sobre la anatomía humana debían ser la base, segura y firme, de una interpretación global del Hombre que abarcara toda su Historia Natural. El hombre entendido como especie, la especie Homo. Y en tanto tal, su Historia Natural abarcaba no sólo los aspectos puramente físicos del Hombre, sino también sus aspectos etnológicos y culturales. Es decir, Paul Broca rechazaba que pudiese existir una división entre *el hombre físico* y *el hombre moral*, diferencia que las sociedades occidentales habían considerado siempre como algo indiscutible⁶.

Para encontrar el primer hito, el primer mojón de ese programa, tenemos que dar otro salto hacia atrás, hasta 1859, año en que Paul Broca fundó la Sociedad de Antropología de París. Y si el discurso científico y la magia no estuvieran supuestamente reñidos, podríamos decir que ese año de 1859 fue mágico para la ciencia. Porque exactamente en ese año se produjo una conjunción de hechos científicos como se dan muy pocas veces en la historia.

3. DE LA GRAN ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

Empecemos por lo que ya hemos dicho: la creación oficial en París de la Sociedad de Antropología, que es la primera Sociedad de ese carácter fundada en

⁶ Sobre los orígenes y concepción de la Antropología en Francia y en particular las actuaciones de Paul Broca, véanse sobre todo los trabajos de BLANCKAERT, entre otros, 1987, 1989, 1997 y 2001.

Europa. Desde esa institución Broca va a defender, como ya se ha dicho, que cada fenómeno humano es la resultante de una historia natural de la especie humana, y que es necesario estudiar al hombre en su condición de especie natural⁷. El punto de partida para el estudio de la especie Homo, afirma Broca, es la raza, que se distingue por un conjunto de caracteres transmitidos por herencia y que tienen un grado de permanencia suficiente para mantenerse durante generaciones. Las razas, dice Broca, son las divisiones naturales del género humano, a diferencia de los pueblos, que son grupos accidentales y pasajeros que surgen como resultado de la comunidad de intereses, aspiraciones, creencias o lengua. Entonces, la creación de la Sociedad de Antropología por Paul Broca es el primer hecho de ese año de 1859 que se va a tener en cuenta.

Pero además, 1859 es también el año de publicación de *El origen de las especies*, de Charles Darwin, que dará inicio a uno de los debates más enconados y duraderos de la historia natural. Más importante aún para el tema que estamos tratando es que en ese mismo año de 1859 un geólogo y un paleontólogo ingleses, de nombre Joseph Preswich y Hugo Falconer, miembros de la *Royal Society de Londres*, visitaron en Abbeville, Francia, a Jacques Boucher de Perthes. Este último era conocido por sus investigaciones acerca de la existencia del hombre antediluviano, es decir, el hombre anterior a la creación bíblica; investigaciones que hasta ese momento habían sido recibidas con descreimiento y bastante sarcasmo. Pero en septiembre de 1859, Preswich presentó ante la *Royal Society* sus conclusiones favorables a las investigaciones prehistóricas de Boucher de Perthes, y esta afirmación fue confirmada poco después por Charles Lyell, el prestigioso geólogo británico que había convencido a la comunidad científica de la profundidad extraordinaria en que podía medirse la edad de la Tierra. En 1859, por ende, tanto Preswich como Lyell reconocieron en Inglaterra el valor de los descubrimientos de Boucher de Perthes acerca del hombre prehistórico⁸.

Finalmente en octubre de 1859, ese reconocimiento era confirmado en Francia por un eminente paleontólogo, Albert Gaudry. Esta catarata de reconocimientos, producidos todos en 1859, implicó la consagración académica en toda Europa de las nuevas teorías sobre las antigüedades antediluvianas. Dicho en román paladino, las teorías que afirmaban que la historia del hombre era mucho más antigua que la reconocida por el relato bíblico de la creación. Como señala el investigador francés Claude Blanckaert,

[...]estos tres acontecimientos, de orden institucional y epistemológico, están vinculados entre sí, tal como se constata en los informes sobre los trabajos de la Sociedad de Antropología, dirigidos por Paul Broca en los diez años subsiguientes. Efectivamente, 1859 marca el advenimiento de un protocolo de estudios antropológicos centrado en el reconocimiento definitivo de la antigüedad de la aparición del género Homo. Esta cuestión, diría Broca, ‘prima sobre todas las otras’⁹.

⁷ BROCA, 1877, pp. 178-179.

⁸ Cfr. VAN RIPER, 1993.

⁹ BLANCKAERT, 1989.

Desde entonces los trabajos de la Sociedad de Antropología de París incluyeron toda la historia natural del género humano, en tres ramas de estudio fundamentales: las razas humanas (en su doble vertiente física y etnológica), el origen del hombre y los vestigios prehistóricos de la cultura.

En otras palabras, la comunidad científica se había instalado en un paradigma que aceptaba la profundidad del tiempo geológico, la gran antigüedad del hombre sobre la tierra y la situación de la especie homo dentro de una escala natural evolutiva que le convertía en un eslabón más del reino animal. Ahora bien, para entender la capacidad de proyección que llegó a tener todo este proceso intelectual hay que tener en cuenta el contexto en que se produjo. Es decir, el gran marco de la expansión decimonónica europea, con sus exploraciones en busca de tierras ignotas, así como sus encuentros con culturas no occidentales y con pueblos calificados de primitivos. Experiencias que contribuyeron considerablemente a la consolidación de la idea de una escala jerárquica de las razas y a la consagración del occidente europeo como el epítome del progreso y la superioridad racial y cultural. Y tampoco puede desvincularse de un tema que ha sido estudiado de forma tan brillante como sesgada por Stephen Jay Gould, y de una manera más matizada por otros investigadores como Claude Blanckaert y Nelia Dias: la obsesión por la cuantificación en la antropología, “la fe en que la medición rigurosa podía garantizar precisiones irrefutables, y marcar la transición entre la especulación subjetiva y una verdadera ciencia tan respetable como la física newtoniana”¹⁰.

Dentro de ese cuadro general y necesariamente esquemático, nos interesa de forma particular una afirmación de Paul Broca de 1867. De las 28 páginas de la Memoria presentada a la Sociedad de Antropología correspondiente al período 1865-1867, Broca dedica la mitad al problema de la antigüedad del hombre. A partir de un maxilar encontrado en La Naulette, con caracteres que recordaban tanto al hombre como al antropoide, afirma Broca:

Para encontrar en la humanidad actual algunos de estos caracteres, por lo demás considerablemente atenuados, es necesario descender hasta los tipos más inferiores de Australia y de la Nueva Caledonia. Pero éstos no forman ya, como se había admitido hasta fecha reciente, el último o, si se prefiere, el primer término de la serie humana. El hombre cuaternario se sitúa incluso por debajo de ellos y viene a disminuir el intervalo que separa al hombre de sus vecinos zoológicos¹¹.

Se trata de una propuesta diferente del esquema comparativo que buscaba suplir los grandes vacíos en el conocimiento de las culturas prehistóricas con el estudio de los primitivos contemporáneos. Paul Broca estaba mostrando una preocupación por el encadenamiento de las especies que formaba parte de su personal debate con el evolucionismo. Es decir, se preguntaba si ello era una prueba de la transformación de las especies, o sólo de la distribución serial de las formas orgánicas, de la que la

¹⁰ GOULD, 1981; BLANCKAERT, 1987 y 2004; DIAS, 2004; STOCKING, 1988.

¹¹ “Compte Rendu des travaux de la Société d’Anthropologie”. En BROCA, 1989. Período correspondiente a 1865-67, pp. 459-487 (cita en p. 485).

teoría darwiniana no sería más que una explicación hipotética¹². Al mismo tiempo alimentaba el interés creciente por desvelar el problema del origen último de la humanidad.

Broca no tenía respuestas para este interrogante, y se limitaba a afirmar que, a falta de más datos para resolver el inmenso problema de los orígenes humanos, era necesario esperar a la aparición de “nuevos descubrimientos”¹³. No es ocioso recordar que el maestro francés hacía estos comentarios en el año 1867, es decir, un momento en que aún había muy pocos datos sobre la antigüedad del hombre. Para entonces sólo se había descubierto al Neanderthal, en 1858. Pero para encontrar al Cromagnon habría que esperar a 1868, y para el hombre de Java y el Pithecanthropus, hasta los años noventa de ese mismo siglo.

Lo que sí estaba ya presente en los años 60 y 70 del siglo XIX era el convencimiento entre los científicos, de Darwin a Lyell o de Broca a Quatrefages, de que la investigación acerca de los orígenes del hombre apenas había comenzado, y que era imprescindible efectuar búsquedas sistemáticas en vastas áreas de la superficie del globo aún inexploradas. Había dos zonas que llamaban particularmente la atención. Una de ellas, la más importante, era África. Darwin había señalado que los mamíferos vivientes de un área específica estaban íntimamente relacionados con los restos fosilizados de las especies extinguidas que habían sido descubiertos allí. Dedujo entonces que, puesto que los dos primates actuales que más se parecían al hombre, el chimpancé y el gorila, se encontraban en África, sería razonable suponer que el lugar del origen del hombre sería el continente africano¹⁴.

Otra región que despertaba expectativas entre los científicos era la Patagonia, debido sobre todo al viaje que hiciera Darwin a bordo del Beagle en los años de 1830. En esta travesía, tan importante para la futura Teoría de la Evolución, dos cosas habían llamado la atención de Darwin: por un lado, la facilidad con que en el sur de América se podían encontrar fósiles de animales extintos. Por otro, el extremo primitivismo de los habitantes de la Tierra del Fuego, que comparó con los australianos, y a los que consideró “fósiles vivientes”. Esta palabra de *fósiles*, utilizada por Darwin para referirse a los fueguinos, es lo que haría que algunos grupos indígenas sudamericanos fueran considerados por los científicos europeos como muy importantes para extraer datos sobre las posibles características físicas y culturales de los primeros hombres sobre la tierra.

Pero Darwin no había sido el único en señalar el interés que revestía la Patagonia para la ciencia. Recordemos dos casos significativos: el viaje del naturalista francés Alcides D’Orbigny a la Argentina, recogido en su libro de 1834 *Viajes a la América Meridional*, donde presentó las observaciones botánicas y etnográficas que le sugirieron algunos parajes patagónicos. Basado en las diferencias físicas y culturales de los indígenas de la región con respecto a las poblaciones europeas, D’Orbigny los

¹² “Mais quelles sont la signification et la portée de ce fait? Faut-il y voir une preuve de la transformation des espèces, ou seulement une preuve de la distribution sériale des formes organiques, dont la théorie darwinienne n’est que l’explication hypothétique?”. *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ LEAKY - GOODALL, 1973, p. 42.

clasificó como “salvajes”. Clasificación que en el marco de la antropología de la segunda mitad del XIX, característicamente jerárquica, estaba llamada a ejercer una influencia tan importante como poco feliz, lo mismo que la calificación de “fósiles vivientes” aplicada por Darwin a los fueguinos.

Años más tarde, en la década de 1860, la *Royal Geographical Society* de Londres recibió con beneplácito los informes de un joven explorador inglés, George Musters, que había convivido con los indios tehuelches en la región sur de la Patagonia y había hecho observaciones geográficas significativas. Pero salvo por los informes parciales de estos viajeros –y algún otro, como el chileno Guillermo Cox que en 1862 recorrió la zona del Nahuel Huapi-, de la Patagonia se conocían sobre todo algunos puntos costeros y poco más¹⁵.

4. EXPLORADORES Y CRÁNEOS ANTIGUOS

Aquí es donde vuelve a salir a escena nuestro personaje principal, Francisco Moreno. En 1872 había llegado a la Sociedad de Antropología dirigida por Broca un envío procedente del muy lejano Río de la Plata. Se trataba de una colección de cráneos encontrados en Carmen de Patagones. El remitente era Francisco Moreno –por entonces un joven de apenas 20 años– que informaba además acerca de la constitución de una colección de ciencia natural en su propia casa. En 1874 llegó a París una nueva remesa de cráneos patagónicos que iba a llamar particularmente la atención de los sabios franceses.

Lo primero que sorprende es que estos envíos se hicieran a París, en lugar de dirigirse a Londres o Berlín. Lo cierto es que, por un lado, los escritos de Francisco Moreno suelen incluir una gran profusión de citas de sabios ingleses, como Lubbock, Taylor o Lyell. Por otro, quien había aconsejado al joven Moreno hacer ese envío era Herman Burmeister, sabio alemán, antiguo discípulo y protegido de Alexander von Humboldt y asentado desde hacía dos décadas en Buenos Aires, donde ejercía como Director del Museo de Ciencias Naturales desde 1862. Se trataba de un científico reconocido en Europa que mantenía estrechas relaciones con los miembros de las instituciones académicas de Berlín. Sin embargo, a pesar de todas estas conexiones con el mundo alemán e inglés, Burmeister aconsejó a Moreno dirigirse a la Sociedad Antropológica de Paul Broca, en París.

La razón de esta preferencia es que desde su creación la *Société d'Anthropologie* se había ido convirtiendo en una importante caja de resonancia de los trabajos y descubrimientos realizados en otras partes del mundo. Recibía ejemplares anatómicos de todas las regiones de Francia y Europa para ser estudiados en su laboratorio; y no eran raros los envíos de otras áreas más alejadas aún, como por ejemplo las muestras remitidas desde Estados Unidos por el conocido craneólogo Samuel Morton. Lo cierto es que la *Société d'Anthropologie* actuaba con curiosidad científica y con generosidad, y se convertiría en una extraordinaria caja de resonancia para las propuestas

¹⁵ Sobre la historia del descubrimiento y ocupación de la Patagonia véase el libro de NAVARRO FLORIA, 1999, y el más completo de BANDIERI, 2005. Los viajes de Musters y Cox fueron volcados por sus propios protagonistas en libros de amplia resonancia: MUSTERS, 1992 y COX, 1999.

de los jóvenes científicos provenientes de zonas muy alejadas de Francia, como el Río de la Plata. De hecho, los envíos de Francisco Moreno de 1872 y 1874 fueron el comienzo de una larga e interesante asociación entre este científico argentino y sus homólogos franceses.

En realidad, Moreno era un hombre muy distinto al entorno de Broca. En primer lugar no era médico, como la mayoría de ellos, sino autodidacta. Le facilitó su formación el hecho de pertenecer a una familia acomodada que siempre le animó en sus intereses. Esa situación social le permitió tener como interlocutores, desde que era un adolescente, a personajes tan significativos de la vida política e intelectual argentina como el escritor Juan María Gutiérrez, rector de la Universidad de Buenos Aires; a Bartolomé Mitre, que le guiaba en sus lecturas, o al propio Sarmiento. O científicos tan importantes para los intereses del joven Moreno como el ya citado Burmeister. Y no es ocioso recordar que el sabio alemán había acompañado en 1843 a Peter Lundt en su viaje por el Brasil, cuando el científico sueco descubrió la fauna cuaternaria y el hombre fósil de Lagoa Santa.

Moreno, que era un hombre obsesivo donde los haya, tenía tres preocupaciones básicas. Por un lado, las ciencias naturales y, en particular, todo el pensamiento científico vinculado a la profundidad del tiempo, fueran las eras geológicas o la antigüedad del hombre sobre la tierra. En segundo lugar, estaba obsesionado por el coleccionismo, por la reunión de piezas vinculadas a la historia natural, que sirviera tanto para el estudio como para la divulgación. A los 14 años ya tenía en su casa, en un cobertizo construido por su familia al efecto, una colección notable que estaba organizada por disciplinas: geología, antropología, zoología y botánica. Finalmente, Moreno tenía la gran fascinación de la época por las exploraciones, la búsqueda de tierras ignotas, los descubrimientos. Sus héroes eran Livingstone y Brazza. Su modelo era el explorador científico, esa figura tan particular que surge en el siglo XVIII, cuyo primer exponente, según muchos autores, fue el capitán James Cook.

Había, no obstante, una diferencia muy grande entre los europeos y los americanos. Los primeros no contaban con tierras ignotas en sus propios territorios. Para suplir esa necesidad partían hacia el África o a Oceanía. Pero los americanos no necesitaban ir tan lejos. Los estadounidenses tenían su oeste, y los argentinos sus pampas y su Patagonia. Unas y otras formas de expansión eran distintas, pero también tenían puntos en común. Eran distintas porque los americanos iban a explorar y a ocupar tierras que de entrada consideraban propias, que estaban dentro de las que reivindicaban como sus fronteras nacionales. Iban a afirmar su soberanía, no a establecer protectorados o colonias, como los europeos. Y eran distintas también por la familiaridad, la cotidianeidad con los grupos nativos que las habitaban y por la problemática ideológica que generaba el hecho de que estos seres, considerados por los científicos más reputados de la época como “primitivos”, “salvajes” o “fósiles vivientes”, fueran al mismo tiempo, y nada menos, que nativos del propio suelo de la patria, cosa que no les ocurría a los europeos en África.

Pero junto a esas diferencias, había también similitudes entre los exploradores americanos y los europeos. Se parecían mucho, por ejemplo, en la motivación civilizadora, la seguridad en la superioridad de la cultura occidental, en la idea de que el principio de la propiedad no se aplicaba a la relación de las razas primitivas con las

tierras que habitaban, y en que por ley de la evolución esos grupos humanos estaban condenados a desaparecer. También compartían la idea de que el aporte del occidente, por muchos errores que se cometieran, era una misión legitimada por la marcha de la historia y por el interés del conocimiento.

La propia figura del explorador era una fuente de similitudes. El viajero compulsivo que parte con unos objetivos concretos, en los que se mezclan el afán de conocimiento, el convencimiento en la primacía de su civilización, y el afán nacionalista, de engrandecer y ampliar los horizontes de su propia nación, sean en su dimensión de patria, o en su dimensión de imperio. Como ha dicho William Geotzmann, la exploración era “algo más que aventura y algo más que descubrimiento”. El descubridor descubre, pero el explorador abre rutas y espacios. El descubridor encuentra, pero el explorador busca¹⁶.

Este es el marco en el que ese joven Moreno de veintipocos años realiza tres viajes exploratorios a la Patagonia, dos de ellos a los territorios del norte y uno a la zona meridional. En sus viajes por las tierras meridionales le ocurre todo lo que es obligatorio según el manual del buen explorador: pasa hambre, se enferma, es atacado por pumas, le ayudan unos indios, intentan matarle otros indios, se escapa de forma rocambolesca; para no ofender a sus anfitriones indígenas tiene que comer manjares como vísceras crudas plagadas de gusanos, duerme en cueros llenos de parásitos y, por supuesto, descubre y pone nombres. Descubre los lagos que llama Argentino, Gutiérrez y San Martín, halla el nacimiento del río Santa Cruz, y traza por primera vez la superficie de la región sobre un mapa. Es decir, hace lo mismo que todos los descubridores blancos, que van a regiones ocupadas por nativos y descubren accidentes geográficos que los hombres del lugar conocen desde siempre y que además ya tienen nombre. Como decía un africano cuando se descubrió el lago Victoria: ¿cómo pueden decir que se ha descubierto algo que siempre estuvo allí?

Moreno cumple con el manual del buen explorador incluso en estos aspectos. Y como buen explorador y hombre científicamente preparado, gracias a sus informes tanto el gobierno argentino como la ciencia internacional obtienen una cantidad de conocimientos por los que la Patagonia deja de ser una serie de puntos costeros más o menos aislados, para convertirse en una región de configuración geográfica y geológica compleja, distribuida sobre un plano horizontal. Como dicen los medios de comunicación al regreso de su tercer viaje a la Patagonia, gracias a las exploraciones de Moreno esa región había dejado de ser “la Llanura del Misterio”, como la había llamado el capitán Fitz Roy, el compañero de Darwin.

Además del conocimiento científico de una región ignota y los fines nacionalistas de las exploraciones, los expedicionarios solían tener también otro propósito: la reunión de colecciones de especímenes naturales, entre ellos huesos humanos que sirvieran a los fines de la antropología física. Así, cada uno de los informes correspondientes a los diversos viajes de Moreno a la Patagonia daba nota del número de restos humanos y utensilios recogidos. Al promediar la década de los setenta la colección de antropología y arqueología reunida por Moreno y guardada en su propia casa constaba ya de más de 15.000 ejemplares. Entre ellos, 500 cráneos y más de 5.000 objetos de piedra tallada y pulida.

¹⁶ Citado en VAN ORMAN, 1984, p. XIII.

Estos viajes de Moreno cautivaron a los científicos franceses. Les interesaban los viajes exploratorios en sí, las muestras craneanas -antiguas y modernas- y las informaciones sobre restos prehistóricos que Moreno les envió para su estudio. Tan es así, que en 1874 le publican un artículo en la *Revue d'Anthropologie* –la revista especializada editada por la Sociedad de Antropología de París. El título del artículo era: *Description de cimetières et paraderos préhistoriques de Patagonie*.

Y aquí es preciso señalar una cuestión significativa. Más allá del mayor o menor valor intrínseco que pudiera tener este trabajo, en sí mismo es un hito para la historia de la Antropología argentina. Porque se trata del primer artículo de un latinoamericano publicado por una revista europea de Antropología. Y va a funcionar como una especie de señal de partida para la aparición, en los años sucesivos, de un número quizá no muy grande pero sí significativo de trabajos enviados desde Argentina por argentinos. No por científicos sudamericanos asentados en Francia, sino por argentinos nativos y residentes en su propio país. A partir de 1878 aparecen en la revista de Broca artículos de Estanislao Zeballos, Ramón Lista, y sobre todo, los dos extensos y famosos trabajos de Florentino Ameghino sobre el Hombre Prehistórico en el Plata, publicados respectivamente en 1879 y 1880¹⁷.

Pero volvamos a Moreno. En el artículo antes citado, publicado en 1874, hacía la descripción de unos cementerios indígenas aplicando para su datación el sistema de contrastar los restos humanos con los restos animales a los que estaban asociados, y enmarcando todo en observaciones geológicas. El trabajo se completaba muy al estilo Broca, con los datos y medidas de 45 cráneos tehuelches encontrados en dichos cementerios¹⁸.

Pero lo cierto es que lo que más intrigaba a los franceses de los envíos de Moreno era una colección de antiguos cráneos patagónicos, con formas singulares y distintas de los cráneos indígenas modernos. Esto motivó a Broca el anuncio -antes citado- de que la colección de Moreno era tan importante como la del museo de Samuel Morton, en los Estados Unidos¹⁹. Y a raíz de la colección de Moreno, los antropólogos franceses Broca, Quatrefages, Topinard y el alemán Rudolf Virchow se abocaron a estudiar las razas indígenas del extremo sur americano. Animado por el entusiasmo de los sabios europeos, en 1875 Moreno solicitó fondos a la Sociedad Científica Argentina y al propio gobierno para realizar una nueva expedición a la Patagonia. Entre las profesiones de fe nacionalista y las propuestas de reconocimiento geográfico, Moreno agregaba en su solicitud que con este viaje esperaba poder confirmar anteriores estudios hechos por él en el valle del Río Negro, acerca de “el problema de la existencia de una raza primitiva dolicocefala, la más antigua quizá que habitó el suelo argentino”²⁰.

Con esta frase Moreno asociaba de forma directa sus búsquedas científicas con las teorías de Paul Broca, dado que los cráneos por él enviados habían tenido la oportunidad de incorporarse a debates ya en curso que preocupaban vivamente a los

¹⁷ Cfr. QUIJADA, 2005.

¹⁸ MORENO, 1874.

¹⁹ *Revue d'Anthropologie*, 1878.

²⁰ VÁZQUEZ MIRANDA, 1952, pp. 484-492.

miembros de la Sociedad de Antropología. De ahí el interés de los franceses en los cráneos de Moreno, e inversamente, de ahí también los subsiguientes desarrollos que el argentino daría a sus investigaciones, a partir de los contactos con los científicos galos.

5. HALLAZGOS LOCALES, DEBATES INTERNACIONALES

¿Cuáles eran esos debates que tanto interesaban a los antropólogos de París? En concreto, dos. En primer lugar, los cráneos de Moreno venían a incidir de forma directa en una discusión científica sobre el tipo racial de las poblaciones americanas; en concreto, si se trataba de un tipo racial único o de una pluralidad de tipos. La unidad étnica de las poblaciones autóctonas americanas había sido defendida en el siglo XVIII por Linneo y Buffon, y en el XIX por el craneólogo norteamericano Samuel Morton. Por el contrario en Francia, Broca y sus colegas de la Sociedad de Antropología eran herederos de Edwards, el fundador de la Sociedad de Etnología de París, que en 1853 había afirmado la existencia de una pluralidad de tipos²¹. Esto es precisamente lo que va a hacer Moreno en 1874: a partir de sus hallazgos craneológicos afirma la existencia de la pluralidad de tipos étnicos en el nuevo mundo, lo que viene a reforzar las tesis mantenidas mayoritariamente por los antropólogos franceses.

El segundo debate refiere a un tema más difícil y provocador. A finales de los años sesenta Broca se hallaba inmerso en una acaloradísima discusión científica con el arianista Pruner-Bey, y con las tesis del Gustaf Retzius, el científico sueco que había descubierto la oposición morfológica entre dolicocefalos y braquicefalos. Hasta 1859 había habido consenso entre los científicos acerca de que las razas más antiguas de Europa –llamadas “precélticas”– eran braquicefalas, y que habían sido sucedidas por los pueblos dolicocefalos (identificados entonces con los arios), que se suponía eran los auténticos y únicos portadores de civilización. Hasta 1861 Broca todavía aceptaba que los cráneos más primitivos –lo que él llamaba “las razas autóctonas”– eran braquicefalos. Pero a partir de 1862 cambia completamente este punto de vista. Su gran debate es con Retzius, que defiende la braquicefalia de los hombres más antiguos, y con el lingüista Pruner Bey, que sostiene la ortodoxia ariana. Pruner Bey, como Retzius, defendía el braquifacelismo de las capas más antiguas de la humanidad, y el dolicocefalismo de los celtas. Afirmaba además que los vascos –considerados una de las cepas más antiguas de Europa– eran braquicefalos y que su lengua era polisintética. Broca no sólo demuestra que los cráneos vascos eran dolicocefalos, sino que rechaza la importancia de la lengua para determinar la antigüedad de los grupos humanos²². El sabio francés quería emancipar a la antropología de la tiranía de los lingüistas, para asentar la disciplina únicamente sobre sus fundamentos anatómicos²³. Para ello se apoyó en los últimos descubrimientos craneológicos, como el hombre de Neanderthal, que era dolicocefalo y contemporáneo de especies animales extinguidas.

²¹ BLANCKAERT, 1989b.

²² *Ibidem*, pp. 181-187.

²³ *Ibidem*, p. 187.

En 1868 un nuevo descubrimiento vino a reforzar las propuestas de Broca: el hallazgo del hombre de Cromagnon, raza prehistórica de alta estatura, igualmente alejada de las razas actuales de la Europa occidental que del grupo neanderthal representado por los cráneos de Engis y la mandíbula de La Naulette. Y ocurrió que todos los cráneos del Cromagnon resultaron ser dolicocefalos. Esto le permitió a Broca no sólo reafirmarse en su tesis de la dolicocefalia del género homo más antiguo sino además ratificarse en su poligenismo, ya que el sabio francés adhería a la tesis del autoctonismo de las razas europeas, plurales en sus orígenes así como en su destino fisiológico.

Cuando aún no se habían apagado las llamas de este debate apareció en París la colección de antiguos cráneos patagónicos de Moreno. Y resultaron ser todos ellos muy distintos a las formas que se conocían de los indígenas sudamericanos contemporáneos a estas disputas científicas. Aquellos cráneos prehistóricos eran dolicocefalos y presentaban sorprendentes analogías con los de Lagoa Santa –hasta entonces los más antiguos encontrados en América del Sur– así como con las formas del Neanderthal y del Cromagnon. De tal manera, los hallazgos de Moreno venían a reafirmar las tesis de Broca sobre la dolicocefalia de los restos humanos más primitivos. Pero al mismo tiempo planteaban nuevos interrogantes sobre el problema de los orígenes del hombre. Dijimos que en 1867 Broca había afirmado que el último encadenamiento de la serie humana se hallaba en el hombre cuaternario, y que para resolver el inmenso problema de los orígenes de la especie era necesario esperar la aparición de “nuevos descubrimientos”. Pues hete aquí que los envíos de Moreno tenían toda la apariencia de ser realmente “nuevos descubrimientos”.

Para entender hasta qué punto la sensibilidad científica del momento podía ser receptiva a nuevos hallazgos que proviniesen de la lejana Patagonia, es necesario recordar las también estrechas relaciones que se habían entablado entre los miembros de la Sociedad de Antropología de París y otro científico del Río de la Plata. Me refiero al muy conocido sabio Florentino Ameghino. A principios de los años setenta Ameghino, que era entonces un jovencísimo científico pues había nacido como Moreno en 1852, informó del encuentro de restos fósiles humanos asociados a numerosos huesos de animales antediluvianos, como se les llamaba entonces. Este descubrimiento, según Ameghino, demostraba “de manera incontestable la contemporaneidad del hombre fósil argentino y los gigantes y colosales mamíferos extinguidos que poblaban estas regiones” en el cuaternario²⁴. Desde 1875, publicaciones francesas como el *Journal de Zoologie* y la propia *Revue d'Anthropologie* se hicieron eco de las teorías de Ameghino. En 1878 Ameghino se trasladó a Francia donde, además de asistir a las clases de Paul Broca, se dedicó a organizar en la Sección Argentina de la Exposición Universal de 1879 un apartado especial dedicado a la Antropología y la Paleontología, que incluía tanto los materiales de Ameghino como los de Moreno. Sobre este conjunto procedente de la Argentina afirmó la *Revue d'Anthropologie* que “esta sola colección constituye todo un museo prehistórico”²⁵.

²⁴ AMEGHINO, 1915. p. 213.

²⁵ “L'Exposition anthropologique de la République Argentine à l'Exposition universelle”. *Revue d'Anthropologie*. 1879, pp. 167-172. Cita en p. 172 (comentario de la revista, sin autor especificado).

Las publicaciones científicas parisinas resaltaron la existencia en la Argentina de un magnífico movimiento científico que había llevado a París las pruebas de notables descubrimientos sobre la antigüedad del hombre en el Plata²⁶.

En 1879, la *Revue d'Anthropologie* publicó un artículo de Ameghino que contenía la más atrevida de sus propuestas. El hombre de Sudamérica, afirmaba Ameghino, era tan antiguo como los más antiguos encontrados en el viejo continente. Y no provenía de emigraciones desde el nordeste asiático, como se solía afirmar. Por el contrario, sostenía Ameghino, había razas en América que eran autóctonas del continente y que estaban representadas por los esquimales, los botocudos de Brasil y los antiguos habitantes de la Patagonia²⁷.

Es muy probable que fueran las propias concepciones de Broca, su profesor en la Sociedad de Antropología, las que hayan animado a Ameghino a proponer la idea del autoctonismo del hombre americano. Recordemos que Broca aseguraba que los pueblos aborígenes eran autóctonos de sus centros geográficos de aparición, y defendía además la estrecha ligazón existente entre el tema del autoctonismo de las razas y el de los orígenes de la humanidad²⁸.

Pero ya en 1861 Broca había hablado de los “centros de creación”, concepto según el cual “las grandes regiones geográficas tienen sus razas de hombres, como tienen sus especies animales y vegetales”²⁹. Y agregaba: “cada raza de hombres ha nacido en una región determinada, lo que ha sido como el coronamiento de la fauna de esa región”³⁰. Es muy probable que Ameghino se sintiera más que reafirmado por estas ideas del maestro Broca acerca del autoctonismo de los grupos humanos con respecto a sus centros geográficos de aparición. De hecho, los antropólogos y paleontólogos franceses, muy cercanos a las teorías de Broca, no tuvieron inconveniente en aceptar la propuesta de Ameghino. Hasta tal punto que en el “Compte Rendu” que publicó la *Revue d'Anthropologie* sobre la colección prehistórica presentada por los argentinos a la Exposición Universal de 1879, junto a la referencia a un cráneo patagónico antiguo presentado por Francisco Moreno se agregaba la frase: “que representa probablemente al autóctono americano”³¹.

Ahora bien, la teoría de Ameghino, con su contenido provocador, va a ser incluso sobrepasada por las posibilidades que sugiere a los sabios franceses la colección de cráneos de Moreno. A su vez, esas sugerencias de los franceses motivarán a Moreno una teoría que deja incluso pequeña, en cuanto a atrevimiento, a la de Ameghino. Y la va a desarrollar a partir de su estancia en la *École d'Anthropologie* de Paul Broca. Vamos a ver esto muy rápidamente.

Recordemos que Broca había reconocido en Moreno a un colega con quien mantenía contacto epistolar desde 1873. Muy pronto el joven científico argentino se con-

²⁶ *Ibidem*, p. 232.

²⁷ AMEGHINO, 1879.

²⁸ Paul BROCA: “Authoctones”, en BROCA, 1989. Ver BLANCKAERT, 1989, pp. XI y XXIV.

²⁹ *Ibidem*, p. XXXII.

³⁰ BROCA, 1989b. Cita en BLANCKAERT, 1989, p. XXXVII.

³¹ “L'Exposition anthropologique de la République Argentine à l'Exposition universelle”. *Revue d'Anthropologie*, 1879, p. 169.

vierte en amigo personal y discípulo favorito del maestro francés. Y a instancias de Broca, Moreno dicta conferencias en la Sociedad de Antropología, con gran éxito, y en ellas vuelve a presentar su colección de antiguos cráneos patagónicos. La dolicocefalia de esos antiguos cráneos y su semejanza al Neanderthal impresionan nuevamente a los sabios franceses. En una nota de la *Revue d'Anthropologie* Paul Broca se pregunta si la “luz sobre los orígenes” no habrá de buscarse en el nuevo mundo, en lugar de en el viejo³². Otro científico muy inspirado por la colección de Moreno es el gran discípulo de Broca, Paul Topinard. Topinard ya conocía esa colección desde que Moreno la enviara desde Buenos Aires, e incluso había escrito una carta al joven científico argentino, afirmando que no veía aparecer en el horizonte antropológico “nada más interesante que este gran descubrimiento”. En 1880, en una sesión de la Sociedad de Antropología, en presencia de Broca y de Moreno, Topinard se refiere a la escasez de ejemplares en Europa que se asemejen al tipo Neanderthal, frente a su frecuencia en la Patagonia. Y agrega: “Es como para preguntarse si el Neanderthal no sería accidental en Europa, en el tiempo cuaternario, y si su patria real no sería la América del Sur Austral”³³.

Es decir, son los propios franceses los que plantean por primera vez la posibilidad de que el origen del hombre deba buscarse en las tierras de la América Austral. Este reto es tomado por Moreno, que se dedica en los siguientes dos o tres años a elaborar una teoría que permita desarrollar esta curiosa propuesta. Es decir, no ya la autoctonía del hombre americano, que defendía Ameghino, sino la idea de que la Patagonia era la propia cuna de la humanidad.

Para hacer su propuesta Moreno se basó en tres teorías previas³⁴. Por un lado, la del paleobotánico John Dalton Hooker, amigo de Darwin. Observando las semejanzas entre la fauna y la flora de Sudamérica y las de Australia y Nueva Zelanda, Hooker propuso en 1860 que en épocas geológicas remotas había existido un gran continente meridional, al que llamó Antártico, que habría abarcado en una superficie continua el territorio alrededor de los polos, las islas subantárticas, la Patagonia, Australia y Nueva Zelanda. Moreno había estudiado la geología de los territorios pampeanos y patagónicos, hoy bajo el océano, y había encontrado estudios que sugerían que en otras eras geológicas, la plataforma continental había formado parte de una vasta superficie no cubierta por las aguas. Basado en ello, Moreno amplió la tesis de Hooker, agregando África al gran continente antártico y planteándolo como la única gran superficie emergida.

La segunda tesis en la que se basó Moreno era la teoría paleoclimática aún vigente en la época, derivada del viejo presupuesto del enfriamiento progresivo de la tierra. Según esto, en eras geológicas remotas las áreas templadas se ubicaban en los polos, mientras que en la zona tropical reinaba un calor tan excesivo que hacía imposible la vida orgánica. Moreno afirmó entonces que la vida orgánica sólo podía haber surgido en las zonas circumpolares, y precisamente en la parte meridional del gran continente antártico, o sea en lo que hoy es la Patagonia. Debido al paulatino enfriamiento, que fue cambiando las condiciones de habitabilidad, desde la Patagonia habrían partido

³² *Ibidem*, p. 181.

³³ *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1880, p. 490.

³⁴ He desarrollado con más detalle esta teoría de Francisco Moreno en QUIJADA, 1998.

las migraciones botánicas, zoológicas y humanas que habrían poblado hacia el norte las tierras sudamericanas y hacia el oeste las australianas y neozelandesas.

Y, para afirmar la parte humana de las migraciones, Moreno se basó en la semejanza craneal entre el Patagón antiguo por él descubierto, el hombre fósil de Lagoa Santa, en Brasil, y los aborígenes australianos contemporáneos. Es decir, las similitudes que habían detectado tanto él mismo como los antropólogos franceses, particularmente Broca y Topinard. De tal forma, Moreno no sólo afirmaba la autoctonía del Patagón antiguo, sino que lo ofrecía al mundo como cuna de la humanidad³⁵.

Es importante destacar que la idea de un gran continente emergido en épocas geológicas remotas se mantiene con variantes hasta el día de hoy. La expresión moderna de esta teoría, aún hoy sostenida en muchos círculos científicos, es la de la deriva continental, de Alfred Wegener, que defiende la existencia de un continente austral, llamado Gondwana, que habría incluido a la América Meridional, Australia, África, India y la Antártida. Lo que no se sostiene, y tampoco recibió beneplácito en su época, fue la propuesta de que en esas épocas geológicas remotas hubiera ya población humana. De hecho, esta teoría no podía tener eco en Francia, primero porque era indemostrable, lo cual era difícil de conciliar con el empirismo militante de la escuela de Broca; segundo, porque quedó inmediatamente obsoleta a la luz de los descubrimientos sobre el hombre fósil que se fueron multiplicando en el viejo mundo a partir de la década de 1880.

Mucho más duraderos fueron los hallazgos creaneológicos de Moreno en la Patagonia, e incluso su teoría sobre la multiplicidad de las razas en América. Durante varios años los cráneos por él descubiertos -tanto los ejemplares antiguos como los modernos- y sus elaboraciones sobre esta cuestión fueron recogidos en diversas obras de los más reputados antropólogos físicos franceses, entre ellos Quatrefages, Verneau -autor de un libro sobre "Los Antiguos Patagones" que citaba profusamente a Moreno- y el propio Topinard que dedica a los patagones, también basado en la colección de Moreno, tres páginas completas de su libro *L'Anthropologie*. En los años treinta del siglo XX el también francés Paul Rivet elaboraría una teoría emparentada con la tesis migratoria de Moreno, pero invirtiendo los términos. Según Rivet, que también cita a Moreno, podría haberse producido una emigración australiana hacia la Tierra del Fuego, al retirarse los hielos al final del pleistoceno. Las teorías de Moreno sobre las razas americanas son también recogidas por el famoso científico alemán Ratzel, aunque en este caso para desmentir sus afirmaciones.

6. A MODO DE COLOFÓN: LA ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA DE BROCA Y EL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES DE LA PLATA

Finalmente, para cerrar el círculo de las relaciones de Moreno con la Escuela de Antropología de Broca me referiré al Museo de Ciencias Naturales de La Plata que nuestro personaje fundó en 1885, es decir, pocos años después de su primera e inten-

³⁵ Esta teoría la presentó públicamente Moreno en dos conferencias pronunciadas en 1882 en la Sociedad Científica Argentina de Buenos Aires, y publicadas como MORENO, 1882 y 1882b. Cfr. asimismo QUIJADA, 1998.

sa visita a Europa en general y a París en particular. Mucho se ha hablado de los modelos europeos que influyeron sobre las concepciones museísticas que aplicó Moreno en el Museo de La Plata, que se convertiría en una de las grandes referencias mundiales en su género. Hasta el punto de ser situado por el naturalista norteamericano Henry Ward, entre los diez primeros museos antropológicos del mundo. Algunos de esos modelos europeos son mencionados por el propio Moreno, otros no. Se habla sobre todo de que su principal fuente de inspiración fue la colección de antropología física del Museo Real de Cirujanos de Londres. Y, para las muestras paleontológicas, el propio Moreno dijo haber aplicado el modelo evolucionista definido por el paleontólogo francés Albert Gaudry para el Museo de París.

Creo que todo esto es correcto, porque no hay nada que impida que las influencias sean múltiples. Pero en mi opinión, sería un error olvidar la estrecha relación de Moreno con Broca en París y su evidente familiaridad con el sistema de la *École d'Anthropologie*, en tanto alumno de la misma y amigo de su fundador y Director.

Recordemos que Paul Broca era, como Moreno, un coleccionista de huesos humanos. Tenía una notable colección creaneológica que incrementaba continuamente gracias a sus contactos con médicos de la Marina. Esta colección fue trasladada a la Sociedad de Antropología, sumándose a los numerosos ejemplares antropológicos y paleontológicos que ya guardaba dicha institución, y aumentada con donaciones particulares como los 550 cráneos de la famosa colección Esquirol. Hacia finales de la década de 1870 se había convertido en uno de los más grandes museos antropológicos del mundo, el único que integraba todas las colecciones referentes a las diversas ramas de la Antropología, enriquecidas por ejemplares paleontológicos. Contenía 3.500 cráneos y un gran número de esqueletos humanos y de mamíferos, así como varias vitrinas prehistóricas. Agreguemos a ello tres cosas: por un lado la biblioteca, que comprendía la mayor parte de las publicaciones antropológicas aparecidas desde la fundación de la Sociedad; esta actividad se enriquecía, además, con donaciones particulares de gran número de obras de geografía, viajes, lingüística, etnología o arqueología. En segundo lugar, la edición de dos publicaciones periódicas que daban salida a los estudios de los investigadores y a los debates que se generaban: la *Revue d'Anthropologie* y el *Bulletin de la Société d'Anthropologie*. Finalmente, un gabinete de instrumentos antropológicos. Y todo ello -los ejemplares del museo, los libros y las publicaciones, e incluso los instrumentos antropológicos- se ponía gratuitamente a disposición de los investigadores.

Esto último es fundamental, porque Broca entendía que una colección sin un laboratorio que la estudiase no tenía razón de ser. Además, aunque el sabio francés era profesor de Anatomía de la Universidad de París, consideraba que cualquier investigación anatómica debía verse en sus estrechas relaciones con todos los fenómenos humanos, tanto físicos como morales, que constituían una unidad. Por ello Broca acabó trasladando su laboratorio a la Sociedad de Antropología. Y la unión del museo con el laboratorio de Broca dio origen en 1875 a la vertiente pedagógica del programa: la Escuela de Antropología.

Esta estrecha asociación de coleccionismo, investigación, pedagogía y difusión científica era precisamente la cuádruple función a la que Moreno aspiraba para su Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Es difícil que su experiencia en

la Escuela de Antropología de París, así como la cordial relación que entabló con su Director y fundador, no hayan influido en las concepciones que luego aplicaría al Museo de La Plata³⁶.

No parece casual que la relación estrechísima y personal de Moreno con la antropología francesa la plasmara nuestro protagonista en el frontispicio del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, que fue obra de su propio diseño. Junto a los antiguos Aristóteles y Lucrecio, aparecen los modernos Descartes y Linneo. Y junto a ellos los grandes hombres del XIX: los padres del evolucionismo, Jean-Baptiste Lamarck y Charles Darwin; el gran Alexander von Humboldt, geógrafo, naturalista y explorador; el francés Georges Cuvier, fundador de la paleontología y precursor de la geología moderna; el naturalista y paleontólogo británico Richard Owen. Y, finalmente, los dos grandes maestros de Moreno, Herman Burmeister y, cómo no, Paul Broca.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AMEGHINO, Florentino

1879 “L’homme préhistorique dans La Plata”. *Revue d’Anthropologie*. París, pp. 210-249.

1915 *La antigüedad del hombre en el Plata*, Parte Segunda, “La cultura argentina”. En Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. En *Obras Completas y Correspondencia Científica de Florentino Ameghino*. vol. III. La Plata, Argentina. Taller de Impresiones Oficiales.

ANÓNIMO

1879 “L’Exposition anthropologique de la République Argentine à l’Exposition universelle”. *Revue d’Anthropologie*. París.

BANDIERI, Susana

2005 *Historia de la Patagonia* Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

BLANCKAERT, Claude

1987 “Les vicissitudes de l’angle facial et les débuts de la craniométrie (1760-1875)”, *Revue de Synthèse*. París. n° 3-4, pp. 417-453

1989a “Préface” a BROCA, Paul. *Mémoires d’Anthropologie* [1870]. París. Ed. J. M. Place, pp. I-XLIII.

1989b “L’indice céphalique et l’éthnogenie européenne. A. Retzius, P. Broca, P. Pruner Bey”. *Bulletin et Mémoire de la Société d’Anthropologie de Paris*. París. t. I. n° 3-4, pp. 165-202.

1997 “La création de la chaire d’anthropologie du Muséum dans son contexte institutionnel et intellectuel (1832-1855)”. En BLANCKAERT, Claude - COHEN, Claudine - CORSI, Pietro - FISCHER, Jean-Louis. (eds.). *Le Muséum au premier siècle de son histoire*. París. Éditions du Muséum National d’Histoire Naturelle, pp. 85-123.

2001 *Les politiques de l’Anthropologie. Discours et pratiques en France (1860-1940)*. París. L’Harmattan.

³⁶ En QUIJADA, 1998 he desarrollado las concepciones museísticas de Moreno que, además de su indudable vocación científica, no pueden separarse de sus propuestas y aspiraciones como nation-builder. Para ambas cuestiones remito a esa publicación.

- 2004 *La nature de la société. Organicisme et sciences sociales au XIXe siècle.* París. L'Harmattan.
- BROCA, Paul
 1860 *Recherches sur l'hybridité animale en général et sur l'hybridité humaine en particulier considérées dans leur rapports avec la question de la pluralité des espèces humaines.* París. Imprimerie de J. de Clys.
- 1870 "Leçon d'ouverture, Institut Antropologique de París, 15.11.1875". En *Revue d'Anthropologie.* París. "Miscellanea", pp.178-179.
- 1989 *Mémoires d'Anthropologie* [1870]. Edición y prefacio de Claude BLANCKAERT París. Ed. J. M. Place.
- COX, Guillermo E.
 1999 *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia (1862-1863)* [1863]. Buenos Aires. Elefante Blanco.
- DIAS, Nelia
 2004 *La mesure de sens. Les anthropologues et le corps humain au XIXe Siècle.* París. Éditions Flammarion.
- GOULD, Stephen Jay
 1981 *The Mismeasure of Man.* London-New York. Penguin Books.
- HOLDICH, Sir Thomas Hungerford
 1920 "Obituary. Dr. Francisco P. Moreno, Gold Medalist of the Society and Honorary Corresponding Member". *The Geographical Journal.* Londres. vol. LV. January-June, pp. 156-157.
- LEAKY, L.S.B. – MORRIS GOODALL, Vanne
 1973 *Hacia el desvelamiento del origen del hombre.* Madrid. Ediciones Aguilar.
- MÁRQUEZ MIRANDA, Francisco
 1952 "Francisco P. Moreno y las 'ciencias del hombre' en la Argentina". *Ciencia e Investigación.* Buenos Aires. t. 8. Noviembre, pp. 484-492.
- MORENO, Francisco Pascasio
 1874 "Description des cimetières et paraderos préhistoriques de Patagonie". *Revue d'Anthropologie.* París. pp. 71-90.
- 1882a "Patagonia. Resto de un antiguo continente hoy sumergido". *Anales de la Sociedad Científica Argentina.* Buenos Aires. 15 de julio. (Publicado en forma de folleto)
- 1882b *El origen del hombre sud-americano. Razas y civilizaciones de este continente. Contribución al estudio de las colecciones del Museo Antropológico y Arqueológico.* Buenos Aires. Imprenta de Pablo Coni.
- MUSTERS, George Chaworth
 1992 *Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro* [1871]. Buenos Aires. Ediciones Solar.
- NAVARRO FLORIA, Pedro
 1999 *Historia de la Patagonia.* Buenos Aires. Ciudad Argentina.
- QUIJADA, Mónica
 1998 "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe.* Tel Aviv. vol. 9 nº 2. Julio-diciembre, pp. 21-46.

- 2005 “América Latina en las revistas europeas de Antropología desde los inicios hasta 1880. De la presencia temática a la participación académica”. En BUSTAMANTE, Jesús (ed.). *Ingenieros Sociales en América Latina: el papel de la Antropología y su institucionalización en las nuevas repúblicas*. Dossier de *Revista de Indias*. Madrid. vol. LXV. nº 234, pp. 319-336.
- STOCKING, George W.
1988 *Bones, bodies, behavior: Essays on biological anthropology*. Colección History of Anthropology. vol. 5. Madison. University of Wisconsin Press.
- VAN ORMAN, Richard A.
1984 *The Explorers. Nineteenth Century Expeditions in Africa and the American West*. New Mexico. The University of New Mexico Press.
- VAN RIPER, A. Bowdoin
1993 *Men among the Mammoths: Victorian Science and the Discovery of Human Prehistory*. Chicago. The University of Chicago Press.
- YGOBONE, Aquiles
1995 *Francisco Moreno, arquetipo de la argentinidad*. Buenos Aires. Editorial Plus Ultra.